

DON DIEGO JIMÉNEZ DE ENCISO Y SU TEATRO

PARTE SEGUNDA

BIBLIOGRAFÍA Y CRÍTICA

Si ENCISO escribió “muchas y celebradas comedias que se representaron” como asegura D. Antonio de Mendoza, también autor dramático, se han perdido casi todas o andan sin su nombre en las ya raras colecciones que nos legó el siglo XVII.

Porque no son, cierto, “muchas” las diez que con alguna dudosa ha podido recoger y deslindar la erudición moderna.

Ni él se cuidó de recogerlas ni creemos que se hayan publicado en sus días más que las tres ó cuatro que se consideran más importantes y probablemente sin noticia suya. Otra permanece aún inédita. Las iremos examinando una por una y describiendo las ediciones y manuscritos antiguos que han llegado a nuestra noticia.

I

Los celos en el caballo.

Fué impresa esta obra en el tomo titulado:

Parte veinte y cinco de comedias recopiladas de diferentes autores e illustres Poetas de España, Dedicadas a diferentes Personas. Año (Escudo.) 1632. En el Hospital Real de

Nuestra Señora de Gracia de la ciudad de Zaragoza. A costa de Pedro Esquer, mercader de Libros. 4.º

Los celos en el caballo, que es la 5.ª en el orden de las doce del tomo y ocupa del folio 85 vuelto al vuelto del 105, va dedicada por Escuer a Juan Lorenzo Escartín, ciudadano de la ciudad de Zaragoza, escribano de mandamiento; y le dice que recoge estas comedias de ilustres poetas, “guiando mi instinto a librarlas de las manos del vulgo ignorante que las va adulterando con menoscabo del crédito de sus autores”.

Es el único texto conocido, y como en la tabla y encabezado de la comedia se dice que es “Dei Doctor Ximénez de Enciso”, surge la duda de si será nuestro DON DIEGO u otro Enciso. Barrera (1) así lo creyó, quizá por haber visto mal el pasaje, pues dice que sólo consta el apellido *Enciso*, cuando constan los dos “Ximénez de Enciso”, lo cual es muy diferente.

Medel del Castillo, que publicó en 1735 (2) un útil catálogo de las comedias que tenía en su librería, y es la fuente principal que para las *sueltas* utilizaron Huerta y Barrera en los suyos, atribuye esta comedia á don Bartolomé de Enciso, fundándose quizás en que en la *Parte 33* de *Comedias escogidas*, impresa en 1670, se estampa la titulada *El casamiento con celos y rey don Pedro de Aragón*, a nombre de don Bartolomé *Anciso*, errata probable de *Enciso*. Es cierto que hubo un Bartolomé López de Enciso, natural de Tendilla, y autor de la novela pastoril *Desengaño de celos*, impresa en 1586, y hasta otro Enciso, natural de Madrid y vecino de Toledo en 1614, en que Cervantes le elogia en su *Viaje del Parnaso*, pero en ninguno de estos casos aparece el primer apellido de Ximénez que figura en el de *Los celos en el caballo*. Por otra parte, la conversión del nombre de Diego, si estaba escrito en la abreviatura usual de aquellos tiempos, D.º, y si la *o* estaba mal formada o abierta en D.º, es muy sencilla; y como el editor no conocería a ENCISO, pudo haber leído *doctor*, sin vacilar, en la mala copia que le entregaría el cómico poseedor de ella.

(1) *Catálogo del teatro antiguo español*, Madrid, 1860, pág. 133.

(2) Pág. 123.

Además, sabemos con seguridad que esta comedia se representó en Palacio, en el cuarto de la Reina (1), en octubre de 1622, época en que ENCISO se hallaba en Madrid y es la de su mayor producción dramática.

Podemos, por tanto, dar por averiguado que es suya y no de otro esta comedia, cuyo título equívoco resulta harto extraño. No están los celos en el caballo, sino que nacen en el gallán celoso, por el hallazgo del caballo del rival que se los causa.

El rey don Alonso de Aragón casa a su cortesano don Félix de Moncada con doña Inés de Cardona, dama de la Reina, y van los novios a pasar el día de sus bodas en una casa de campo. Pero don Enrique de Aragón, amante desdenado, se disfraza de villano y, con un criado y un amigo, se encamina al mismo lugar resuelto a matar al marido. Llegan de noche a la quinta; el ruido atrae a la víctima, pero las pistolas dirigidas a su pecho no disparan, y acuden a las espadas. El criado del traidor galán apaga la luz y facilita así la fuga de los asesinos, pero dejan en poder del marido un caballo del Rey, de cuya caballeriza lo había sacado don Enrique, como encargado de ella. El caballo era muy conocido de don Félix.

Los celos y temor de don Félix adquieren enormes proporciones, creyendo ser el Rey el enamorado de su mujer y el que trató de matarle. Quiere salir de dudas y presenta al monarca su caballo, diciéndole haberlo recibido como regalo. Alfonso, que admira la semejanza con el suyo, lo acepta y manda llevarlo al lado del otro, proponiéndose ir a verlos juntos. La tranquilidad del rey desconcierta a don Félix, cuya averiguación resulta frustrada, pero su celosa pasión le hace creer que disimula con habilidad perfecta. En cambio, don Enrique, lleno de terror, al oír a don Alfonso que desea ver los dos caballos, no halla más efugio que decirle se vió precisado a matar el antiguo por habérsele desbocado.

El Rey, aunque sintiendo el percance, se conforma y no habla más en ello; y tan fácil avenencia de nuevo irrita a

(1) *Comedias de Lope* en la Colección Rivad., tomo IV, pág. 15.

don Félix, presumiendo que el Rey hizo matar el caballo para no verse descubierto al tener que mostrar dos, no teniendo más de uno, o sea el mismo que él había traído.

Convencido de su desgracia resuelve, como García del Castañar, dar muerte a su esposa, aun creyéndola inocente. Doña Inés se refugia cerca de la Reina, a quien refiere su desgracia causada por don Enrique.

Un nuevo episodio complica más la situación tirante de los personajes. Don Félix, resuelto en hablar al Rey con franqueza, quiere penetrar por fuerza en su cámara, que guarda don Pedro de Aragón, padre de don Enrique. De la disputa surge el duelo y don Félix hiere a don Pedro. Sale el Rey al ruido y visto el desacato y herida manda prender a don Félix y ordena se le forme proceso, haciendo juez a don Enrique. El delito era grave, aunque el noble don Pedro procura, para salvar la vida de su agresor, tomar sobre sí la culpa, diciendo haberle provocado.

Pero don Enrique, menos generoso que su padre, quiere tornar en su favor la circunstancia de ser juez del mísero don Félix, proponiendo a la esposa el perdón a costa de su honra.

La Reina cree salvar a doña Inés y su marido, pidiendo a don Enrique presente el caballo que decía haber muerto. Don Enrique lo mata efectivamente y llega a la Reina diciendo que puede ir a verlo. Y aunque doña Inés le amenaza con que pedirá el otro vivo, cosa que atemoriza al traidor caballero, no usa este medio, porque piensa y teme que don Enrique pasaría por todo con tal de lograr que ella quedase viuda. Intenta otro medio para defender a su esposo. Confiesa a don Enrique que, vencida por su tenacidad amorosa, que, al fin, estima y cree deber pagar, sólo halla el recurso de que pida al Rey la divorcie de su marido, a lo que accederá por afecto que le profesaba como a deudo suyo.

Engañado don Enrique, declara a don Alfonso todo el enredo del caballo; su amor a doña Inés, anterior al de don Félix, y la conformidad de la dama. Pero ésta manifiesta no ser cierto y haber utilizado aquel artificio para salvar a su marido y destruir y raer sus celosas sospechas.

No puede dudarse que don Francisco de Rojas Zorrilla tuvo presente este drama para el magnífico suyo *Del rey abajo ninguno*. El conflicto moral es el mismo; pero cambió Rojas con acierto el instrumento de la confusión celosa de ambos maridos, sustituyendo al caballo la banda que cruzaba el pecho de su enemigo,

cinta del sol de Castilla,
á cuya lumbre estoy ciego,

porque creía que sólo el rey podía llevarla. Mejoró también la figura del marido, noble pero poco vigorosa en ENCISO, acumulando desde el comienzo del drama notas felices sobre García para que resulte el más brioso y artístico de todo el teatro español. Y triunfó, sobre todo, en el grandioso desenlace, tan ejemplar como terrible y dramático, que en nada se parece al artificioso y frío de la comedia de ENCISO.

II

El casamiento con celos y rey don Pedro de Aragón.

El único texto conocido de este drama hállase en la *Parte treinta y tres de Comedias nuevas nunca impresas escogidas de los mejores Ingenios de España*.—Año 1670. Con licencia. En Madrid. Por Joseph Fernández de Buendía. A costa de Juan Martín Merinero, Mercader de libros. Véndese en su casa de la Puerta del Sol (1).

Es la octava del tomo y va atribuida a "Bartolomé de Enciso". Simple errata es la diferencia en el apellido, hemos dicho antes, y error nos parece el del nombre, nada extraño imprimiéndose la obra tantos años después de muerto ENCISO, poeta que nunca habrá sido popular, alejado casi siempre de la corte y autor poco fecundo.

Por otro lado, el nombre de Bartolomé de Enciso como autor dramático es desconocido. El tendillense Bartolomé López de Enciso es novelista y muy anterior, no ya a 1670 en

(1) En 4.º; co. 1 452 págs.

que aparece impresa la comedia, sino a la época en que floreció JIMÉNEZ DE ENCISO. Del Enciso mencionado por Cervantes en 1614 no tenemos otra noticia.

Los caracteres internos de esta obra nos suministran, si no pruebas concluyentes, las suficientes para sin temeridad adjudicársela al autor de *Los Médicis de Florencia*. Son éstos el fondo histórico de la obra, común a las demás de aquel autor; cierta dureza y sequedad en el desarrollo de la acción; escasa intervención del elemento cómico; el uso casi exclusivo de las galas de la naturaleza como ornamento poético, tales como las hallamos descritas en la comedia antecedente, en *Santa Margarita* y en *Juan Latino*, y, muy especialmente, la escena efectista de la aparición vaticinadora, según se ve en *La mayor hazaña de Carlos V*, *El Encubierto*, *Los Médicis de Florencia*, *Criselio* y *Cleón* y *El príncipe don Carlos*, todas comedias indudables de ENCISO. Tiene, además, de común con las suyas lo débil y frío del desenlace.

El asunto, como el de la comedia anterior, pertenece a la historia de Aragón y época de Pedro IV *el Ceremonioso*, que, según la historia, gastaba, sin embargo, muy pocas ceremonias. Prendado el Rey de una dama, hija de su deudo don Juan de Aragón, hace que un favorito suyo simule enamorarla para quedar él más libre en su galanteo. Don Manrique, el verdadero amante, al volver de una expedición militar dichosa, engañado por algunos falsos indicios, cree que su dama se ha mudado y le traiciona con el Rey. En una violenta escena de celos llega a dar un bofetón a su amada, cual otro Almirante de Castilla con la suya, doña Juana de Mendoza, y con igual feliz resultado, pues doña Ana de Aragón se allana en el acto a recibirle por marido, cosa que antes recelaba por temor del Monarca. Este cambio, así como la facilidad con que don Pedro accede al casamiento, llenan de sospechas el alma de Manrique, aumentadas al ver que el mismo día de la boda el Rey le confiere una misión urgente a Navarra. Al partir confía al padre de su esposa el cuidado y guarda de ella, alejándose de la corte y enviándola a una aldea en que el anciano residía. Pero el Rey intenta por cuan-

tos medios puede acercarse a doña Ana; primero entrando de noche en su habitación, luego visitándola ostensiblemente y con tan poco disimulo en sus acciones y palabras que despierta las sospechas del viejo don Juan de Aragón. Como don Pedro, para tener cerca a doña Ana, nombrase al padre mayordomo mayor y a ella dama de la Reina, adquiere el anciano la certidumbre de que su hija es manceba del Rey, y cuando su yerno regresa así se lo declara. Disputan ambos sobre cuál habrá de dar muerte a la infiel. La Reina, también celosa, provoca una escena en que doña Ana, para defenderse, responde con altivez y desacata a su ama, pretexto que elige *el Ceremonioso* para mandar prender a la joven y conducirla a un castillo. Despacha a la vez a su favorito con fuerza suficiente para robarla en el camino y depositarla en lugar seguro. Pero el marido y el padre, unidos con el mismo fin de robar a la dama, destruyen el proyecto del Rey, pero tampoco ellos logran apoderarse de doña Ana, que se libra de todos con la fuga. En la corte, en tanto, se da por cierto que doña Ana ha sido muerta por su marido y por su padre.

Furioso el Monarca, además de perseguir a éstos, que tienen que huir a Navarra, extiende su cólera contra su esposa, a la que hace depositar en tanto se resuelve el pleito de divorcio que entabla ante los prelados del reino.

Doña Ana, disfrazada de labradora, logra acercarse a la Reina, quien, convencida de su inocencia, le ofrece amparo y a la vez le pide ayuda. Los ejércitos del Rey de Navarra, padre de la repudiada princesa, acaudillados por don Juan y don Manrique, se presentan vencedores a las puertas de Zaragoza; los obispos, por sentencia, deniegan al Rey el divorcio y le mandan admitir de nuevo a su mujer; el partido de la Unión amenaza a don Pedro con trastornos interiores si no jura respetar sus privilegios, y aunque el Rey los desgarró con su puñal, según reza la historia, al ver tantos enemigos en contra suya, cede, según dice, en espera de tiempos mejores. Recibe de nuevo á su esposa, con lo cual se retiran las tropas navarras; perdona a los generales don Juan y don Manrique y le entrega a éste su fiel consorte, luego que, con gran sorpresa suya, ve que no ha muerto.

Como se puede advertir, el asunto es de sumo interés, porque fuera del que despierta la virtuosa resistencia de doña Ana, llega a tomar proporciones de tragedia el desatino amoroso del príncipe al romper por todo, y más siendo hombre del temple y poderío de don Pedro IV, cosa que el poeta advierte, diciendo por boca del muerto que se aparece al Monarca:

En Portugal, en Castilla
y Aragón a un mismo tiempo
y con una inclinación
concurren tres reyes Pedros,
si no tiranos, crueles.
—Cruelles no, justicieros.

responde el Monarca (1).

Parece que el verdadero y primitivo título de este drama fué el de *Fueros y celos*, pues al final, se dice:

Y de los *Fueros y celos*
pedimos perdón, senado.

III

El Encubierto.

De esta rarísima pieza no hay más edición que una suelta del siglo XVII con este título:

El Encubierto. | Comedia | famosa. | De don Diego Ximenez Enziso. | Hablan en ella las personas siguientes (2).

El fondo histórico de esta obra pertenece a la famosa revuelta socialista conocida con el nombre de la *Germanía*

(1) Esto mismo cuenta Cabrera de Córdoba de Felipe II, quien habiendo visto en Segovia una estatua del rey D. Pedro de Castilla con la espada inclinada al suelo y el rótulo "*el Cruel*", hizo cambiarle el acero con la punta alta y la inscripción diciendo: "*el Justiciero*".

(2) En 4.º; sin lugar, año ni imprenta; 16 hojas numeradas, signatur. A-Dz. Hay un ejemplar mutilado en la Biblioteca que fué de Ticknor, en Boston (*Catálogo*, Boston, 1879, pág. 125), y otro en la ducal de Parma (RESTORI: *Studi di filologia romanza. Fasc. 15. Roma, 1981, pág. 121*). Yo tengo otro en magnífico estado de conservación. La Biblioteca Nacional carece de esta pieza dramática.

de Valencia, a principios del siglo XVI. Gira la acción en torno de aquel famoso aventurero que con el nombre del *Encubierto* quiso hacerse pasar como hijo póstumo y secreto del príncipe don Juan (hijo de los Reyes Católicos) y de Margarita de Austria o de Flandes, su mujer, quienes, como es sabido, no dejaron sucesión, y, por ello, pasó la corona de España a la casa de Austria, en Carlos V, hijo primogénito de doña Juana *la Loca*.

El *Encubierto*, hijo, al parecer, verdadero, de un judío de los expulsados en 1492, después de una vida aventurera llegó a Valencia y trató de recoger la herencia política de Vicente Peris, el mando de los agermanados y encauzar la revolución a su provecho. Ejerció mando en Játiba y Alcira, donde, con aires de príncipe, dejó su tosco traje de marinero y se adornó con lujo, vistiendo calzas de grana forradas de seda, ropa y sayo de terciopelo carmesí, gorra de terciopelo negro y espada dorada. Tenía para su custodia guardia de a caballo. Penetró en Valencia, a la que trató de sublevar contra el marqués de Cenete que la tenía casi reducida al poder real; pero fracasada la intentona por haberla descubierto el marqués, retiróse el *Encubierto* a Burjasot, donde fué asesinado por dos partidarios suyos el 18 de Mayo de 1522. Su cabeza enviaron a Valencia y esta ciudad al Virrey, conde de Mélito, a quien la revolución había hecho huir; el conde la volvió a Valencia y, al fin, la enclavaron en la Puerta de Cuarté. El cuerpo fué quemado, por sentencia del Santo Oficio, pues el *Encubierto* en sus predicaciones había derramado un gran número de herejías.

Y lo extraño es que, no obstante lo notorio del castigo, en Játiba y en Valencia misma aparecieron luego otros dos *Encubiertos*, suponiendo ser el primitivo, que se había salvado, y el muerto otro a él semejante en la figura. Ambos pagaron con la vida su audaz superchería (1).

Tuvo ENCISO por fuente inmediata para su comedia las *Décadas* de Gaspar Escolano, publicadas en 1610 (2), y acaso

(1) DANVILA: *La Germanía de Valencia*. Madrid, 1884, pág. 180.

(2) *Déc.* I, libro X, caps. 19 y 21.

la *Crónica* de Martín de Viciana (I) (1566), que más extensamente trata del *Encubierto*, y así le caracteriza, poco más ó menos, como aquellos autores, con sola la diferencia del color del cabello, que, según los dos cronistas, era bermejo:

El traje y talle es notable,
grave y feroz la presencia,
robusto cuerpo y mediano,
el cabello y barba negra;
ojos chicos y ancha frente,
cortas y delgadas cejas,
el color algo quebrado,
nariz corva, señal cierta
de valor, como notaron
en sus reyes los de Persia.
Los bigotes muy caídos,
la boca roja y pequeña,
manos toscas y pies grandes
y las piernas no bien hechas...
La espalda y pecho le cubre
mal ceñida una jaqueta,
toscos calzones los muslos,
brutas abarcas las piernas.

El interés mayor del drama reside en la continua enemiga del *Encubierto* hacia los dos hermanos Mendoza: el virrey, conde de Mélito y el marqués de Cenete, tan famosos uno y otro en la *germania*, que lograron dominar. Con ambos lucha individualmente el *Encubierto*, sin quedar vencido ni aun en generosidad. ENCISO, que parece simpatizar con el personaje, hace que muera perdonado del Emperador y reconciliado con la Iglesia, mediante su bautismo, y no condenado por el Santo Oficio, aunque, al final, descubre todos sus embelecos.

No lo hizo así en su *Encubierto de Valencia* don Antonio García Gutiérrez, que profesó particular cariño a este asunto de la *germania* (2), porque da por hecho que era hijo del

(1) *Libro IV de la Crón. de... Valencia. Barc., Pablo Cortey, 1566.* Folios 203 y sigs. ENCISO presenta al *Encubierto* como personal enemigo de la casa de Mendoza, y Viciana pone en su boca estas palabras. "La casa de Mendoza me fué en mi tierna edad muy enemiga y quiero vengarme della."

(2) *El Encubierto* es obra de su juventud (1840). Años despues escribió con los Asquerino *El tejedor de Játiba* (1849, y en 1864, el soberbio drama de Juan Lorenzo, que algunos tienen por la mejor de sus

príncipe don Juan de Castilla, aunque le pinta revestido de un carácter poco noble y simpático y, al fin, le hace morir cobardemente.

IV

Fábula de Criselio y Cleón.

Este es el verdadero título de la gran comedia que don Antonio Hurtado de Mendoza denominó *Júpiter vengado*, al referir cómo fué representada en Palacio los días del juramento del príncipe Baltasar Carlos, en 1632 (1).

Como esta obra es en absoluto desconocida daré su argumento algo puntualizado.

Intervienen en ella Júpiter, Criselio, Cleón, Leucides, Alcino, Glauco, Tanareo, Menipo, Anfíloco, varones, y Nais, Nerea, Cloe y Niobe, damas.

Comienza con gran tempestad de truenos y relámpagos. Aparece Anfíloco, viejo mago, en una nave negra, pasando por el tablado y diciendo:

Dejad selvas y flores,
amantes locos, y guardad la vida,
que deidad ofendida
no permite esta sombra a esos amores.

obras. Con el título de *Guillén Sorolla* compusieron otro drama Pérez Escrich y Fernández y González.

(1) "*Fábula de Criselio y Cleón*. Al Excmo. Sr. Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar, Gran Chanciller de las Indias, Comendador Mayor de Alcántara, de los Consejos de Estado y Guerra de Su Majestad, Sumiller de Corps y su Caballerizo Mayor, etc.—Por D. Diego Jimenez de Enciso, Señor de la villa de Laguna y Alguacil mayor de Sevilla." Ms. en 4.º; tres hojas con portada, dedicatoria y lista de personajes, y 74 más de texto. Letra del siglo XVII, con algunas tachaduras.

Dedicatoria: "Esta fábula de *Criselio y Cleón* [que] yacía olvidada en la lengua griega, y si bien en la castellana la traduje a los versos, de la prosa, más la copié historiador fiel que poeta licencioso, envío a V. E. para que en algunos de los pocos ratos que después de tan graves ocupaciones..." etc. "Vesa a VE. los pies su menor criado: Don Diego Jimenez de enciso y Çuñiga."

Lo de ser traducción del griego ha de entenderse como una *licencia poética*, para encubrir lo que tiene de historia de la época en que el autor vivía.

Restablecido el silencio, empieza el drama. Cleón, amigo de Criselio, descendiente de Júpiter, se queja de que Nais, a quien él desdeñó un tiempo, haya elegido nuevo amante en Leucides. Criselio, galán rico y poderoso, confiesa a su amigo que, a su vez, padece el mal de amores, sin declararse más por entonces.

Aparece Nais, también quejosa, diciendo con timidez:

Apenas la planta nuevo,
la tempestad huyo en vano,
¡oh, Júpiter soberano!
pues dentro de mí la llevo.
Peligro antiguo renuevo;
artífice de mi error,
fingí a Leucides amor;
tomé de Cleón venganza,
y hoy con súbita mudanza
muero en mi propia labor.

El gusanillo de seda,
de nuevo ardor renacido,
á su misma muerte asido
su propio cuidado enreda.
Muere en su trabajo y queda
oculto en reliquia breve,
vida que otra vez renueve;
gusanillo fué mi amor:
murió, y al primer calor
con nuevo afecto se mueve.

Cleón se acerca a ella y le inculpa su mudanza en una escena de celos y reproches mutuos, seguida de reconciliación, que interrumpe Menipo, el gracioso, que sale de doctor, gritando:

¡Xo, xo! ¡Válgate el diablo
por mula y mozo! ¿Qué es esto?
¿Quién de médico me ha puesto?
¿Cómo de aforismos hablo?
¿Yo mozo, mula y gualdrapa?
¿Yo guantes? ¿Yo sortijón?
¿Yo licenciado barbón?
¿Yo doctor en gorra y capa?
¿Yo médico, sin saber
de achaques de mal humor,
necio, ignorante y doctor...?
Pero todo puede ser.
Voy... Mas la enferma está aquí,
á quien vengo á visitar.

Sale Criselio pensativo en sus amores que dice estar encarnados en Nerea. Ve a ésta, leyendo un papel que le había dado Menipo; cree ser misiva de otro galán y brotan sus celos. Ella, que lo advina, por aumentárselos y también por consejo del médico, finge amar a Alcino. Cleón, amigo y consejero de Criselio, le da el conocido remedio para probar a Nerea, de poner sus ojos en otra dama, en Cloe, por ejemplo, amiga de Nais, ofreciéndose a que ésta ayudará en el proyecto. Así se ejecuta, pero Cloe declara que con dificultad podrá fingir, puesto que ama a Criselio, si bien no repugna el prestarse a tal enredo.

En el acto segundo la ficción ha dado fruto, porque Nerea aparece lamentando el desvío de Criselio, cuyo estado acaba de mejorar heredando á su gran padre. Concede su privanza a Cleón y le declara su mejor amigo y gobernador de toda su hacienda. La alusión a Felipe IV y Olivares parece evidente.

Criselio, que en el juego de amorosas burlas con Cloe ha llegado a picarse, manifiesta sus quejas así:

Quando tan pródigamente
amor sus glorias me daba,
dichoso me imaginaba;
¡qué engaño tan evidente!
De mi desdicha presente
cójijo no haberme dado
por mi bien el bien pasado
sino porque fué forzoso
haber sido tan dichoso
para ser tan desdichado.

Burlando un fingido amor
hablé á Cloe, mas ya veo
que entre las burlas deseo
las veras de algún favor;
y apenas antiguo ardor
se va helando, cuando pruebo
principios de otro ardor nuevo.
Finge Cloe y yo fingí,
y hoy le dijera ¡ay de mí!
verdades y no me atrevo.

Sentimientos parecidos expresa Cloe, que aparece, y entre ambos se desenvuelve una lindísima escena de ternezas fingidas en apariencia, pero reales en el fondo. Van poco á poco

enardeciéndose y acaban por abrazarse, cuando se presenta Nereia, rabiosa de celos, que se aumentan con el desdén de Criselio.

Sigue luego un episodio extraño, en que Alcino es advertido por Anfíloco, el mago, de que su fin está próximo. Le ven Criselio y Cleón, que salen de casa, y nuevamente le avisan de que Júpiter le matará como a fiera. Y a todo esto, el pobre Alcino no ha cometido delito ninguno más que amar a Nereia, a quien ya ostensiblemente desprecia Criselio. ¿En qué ha ofendido a Júpiter?

Menipo, que en este drama es el fraguador de los enredos, deja caer, para que la vea y recoja Criselio, una cita, que Nereia, ciega en su idea de despertar el amor del galán por los celos, concede al desdichado Alcino.

Nereia coloca descubiertamente una escala que llega a su aposento, en apariencia para Alcino, en realidad para Criselio, y exclama:

Hagamos, amor loco,
la experiencia postrera,
que ya no sé qué espera
Criselio, aunque ame poco.
¿Permitirá que suba por la escala
este Icaro infeliz que al otro iguala?
Ya el caso por la suerte
á estrecho punto vino:
¿ha de subir Alcino
a no esperada muerte?

Entra, en efecto, la víctima, diciendo:

ALCINO. ¡Dioses! ¿qué triste acento
de siniestra corneja
me avisa o aconseja?
¡Todo es horror y espanto!
Tropiezo á cada paso, y si el pie nuevo
vuelvo otra vez a tropezar de nuevo.
Negro can me seguía;
o son vanos antojos,
o echaba por los ojos
llamas, en que yo ardía;
y añadiendo al ladrar roncós ahullidos,
me acompañaba en íntimos gemidos.

Siguen otros augurios funestos; pero él avanza.

Esta noche me llama
amor a la alta gloria,
de la mayor victoria
que mereció quien ama.

Y esto dicho, comienza a subir por la escala a la habitación en que le aguarda Nerea. Esta sabe que Criselio lo observá, y espera que impida la subida de Alcino. Criselio vacila, aunque protesta no consentir que su rival logre su deseo. Cleón se ofrece a derribarle sin que llegue arriba; y antes de ello, en el momento en que Alcino pone el pie en el aposento cae muerto, no se sabe por quién, puesto que dice Cleón:

¡Oh, fuerza del hado extraña!
no sé cuál causa sea:
si le arrojó Nerea,
si le mató tu saña,
o si deidad secreta le castiga...

CRISELIO. Pagó su atrevimiento; mas agora,
vengada la razón, la piedad llora.
Infausto joven, siento
tu desdichada suerte.

Y termina el acto segundo con nuevas declaraciones de Criselio a Cloe, ahora celosa, pues supone que la muerte de Alcino la hizo su amante por celos de Nerea.

Cleón, que al igual de su amo o amigo quiere damas duplicadas, manifiesta amar a Niobe, y desea que, así como él por su amante Nais facilitó a Criselio sus amores con Cloe, ésta le ayude cerca de Niobe. Pero Nais, que oía escondida, se propone desbaratar la intriga y vengarse hasta de Criselio, porque da á Cloe un papel de Cleón para Niobe. Despertando repentinos celos en la sencilla Cloe, logra que le entregue el papel, y leído, lo arroja, a tiempo que llega Niobe y luego Cleón, quien se le declara; pero, al verse admitido, le dice que no puede amarla sin licencia de Criselio.

Nais, en su anhelo de venganza, acude al mago, y éste provoca una sombra negra, que se interpone de continuo entre Criselio y Cloe y les llena de espanto. Ni abrazarse, ni aun verse les permite, y hasta transforma las personas, pues cuando Criselio piensa estar hablando con su amiada Cloe, es la misma Nais que se le presenta y ofrece como amante. Criselio la rechaza.

Sale Alcino como fantasma, y dice a Criselio que huya del amor y busque la gloria en altos hechos, desapareciendo rápidamente, hecho su advertimiento.

En tanto, Nerea sigue quejosa y desdenada.

Se celebra el cumpleaños de Criselio con gran fiesta; pero los hechizos de Anfíloco trastornan a todos los personajes, que ni se entienden ni obran con acierto. Criselio exclama, ya desesperado:

Júpiter, venga este agravio;
muéstrate al mundo severo.

El mago, a su vez colérico, amenaza a todos; pero entonces, dice la acotación del drama, “Júpiter, en una nube, como le pintan, con rayos en la mano, aparece bajando del cielo”, reprende, ceñudo, al mago y se verifica la transformación, sin perder cada cual del todo su figura. Criselio en sol; Cloe en lucero; Nerea en otro lucero. Cleón en mirasol, “mirando a Criselio, más abajo”; Nais en adelfa; Niobe en mosqueta. Todos muy floridos, “las damas están con los cabellos sueltos y los galanes en cabello”.

Júpiter pronuncia unos versos alusivos al rey sol, que

“alumbra ambos hemisferios”

y declara los demás emblemas. Las alusiones al lucero *olvidado* y al *presente* son más oscuras.

Cosme Lotti habrá apurado su ingenio en disponer la maquinaria para todo esto. El monte se abre para tragar a Anfíloco, y acaba el drama:

JÚPITER. Decid ¡Júpiter viva!
MÚSICA. ¡Viva Júpiter eterno!

“Arrebátase Júpiter al cielo, y adviértase que todas estas acciones se han de ejecutar a un tiempo, de modo que el mago se hunda, los transformados se cubran y se arrebate Júpiter y cante la música, todo junto.”

Esta obra, que a primera vista parece la única de imaginación o novelesca escrita por ENCISO, no es, según pensamos, más que una continua alegoría de los amores juveniles del rey Felipe IV y de la privanza del Conde de Olivares. La muerte de Alcino es una representación de la violenta dada al Conde de Villamediana, que se trata de justificar con el atrevimiento de este caballero en competir en amores con el Rey, bien fuese Nerea la Reina (cuyo anagrama imperfecto

es), o bien otra dama cualquiera, amada de Felipe: doña Francisca de Tabora, por ejemplo, como pretendió Hartzembusch.

Por esta razón suponemos compuesta esta obra, no en 1632, en que se representó, sino diez años antes, en que sucedió aquella tragedia real. Las alusiones, bastante veladas, no serían en 1632 ya más comprensibles que hoy lo son para nosotros. La presencia de ENCISO en Madrid en 1622 es cierta, según la biografía que antecede, y nos autoriza a pensar que entonces sería cuando escribió su fábula, tal vez de orden del Conde Duque (indicio es la dedicatoria), y con el propósito dicho de responder al clamor general, especialmente de los poetas, por el terrible fin del atrevido Conde.

Intenciones de Madrid;
no busquéis quien mató al Conde,
pues su muerte no se esconde...
Que hay quien mate, sin ser Cid,
al insolente Lozano.
Discurso fué chavacano
y mentira haber fingido,
que el matador fué *Vellido*,
siendo impulso *soberano*.

V

Juan Latino.

También esta comedia es rara. No se ha impreso más que en el tomo intitulado:

Segunda parte de comedias escogidas de las mejores de España. Madrid, Imprenta Real, 1652 (1).

Es la segunda del volumen y encierra una acción doble. La historia poética del famoso negro granadino esclavo del Duque de Sessa, don Gonzalo Fernández de Córdoba, y el primer levantamiento de los moriscos de la Alpujarra.

El negro Juan, llamado luego *Latino* por su conocimiento en esta lengua, nació en Berbería. Muy niño le trajeron a

(1) En 4.º; folios 33 y siguientes.

España y se crió con su madre en casa de la Duquesa de Terranova, viuda del Gran Capitán. Servía de llevar los libros del estudio al nieto de aquella señora, después Duque de Sessa, y por sí mismo aprendió la Gramática y se hizo famoso en la latina, tanto, que fué nombrado su catedrático en la Universidad de Granada. Enseñó más de sesenta años, muriendo de noventa, en 1573, el año mismo en que publicó en Granada su poema latino *La Austriada* en loor de don Juan de Austria y su victoria de Lepanto, y unos epigramas al nacimiento del príncipe Fernando, hijo de Felipe II (1). En su vejez había quedado completamente ciego; pero aún *leía* su cátedra.

Fué además gran músico y poeta en romance, y en su juventud manejó con destreza la espada.

Pero lo más admirable de este negro es que se casó por amores con una hermosa y principal dama granadina, doña Ana de Carloval, hija de Luis de Carloval, gobernador del Estado del Duque de Sessa, contra la voluntad de los parientes de ella, que no pudieron apartarla de aquel matrimonio, en el que hubo varios hijos, y de ellos honrada descendencia (2).

Este episodio es el que principalmente aprovechó ENCISO para su comedia. Ya desde el comienzo se revela el carácter antojadizo y extraño de doña Ana, a la vez muy amiga de los estudios. Carloval es clérigo y hermano de la dama, pretendida por varios galanes nobles y por Fernando de Valor, que la obsequia con músicas, máscaras y fiestas diferentes. Ella se burla de todos.

En una academia celebrada en casa del Duque de Sessa,

(1) *Granada, Hugo de Mena*, 1573; en 4.º, 55 folios. Cervantes, en los versos de cabo roto que Urganda dirige a Don Quijote, cita con elogio al negro Juan Latino:

Pues al cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-

(2) BERMÚDEZ DE PEDRAZA. *Antigüedad y excelencia de Granada*. Lib. III, cap. xxxiii. AMBROSIO DE SALAZAR, en su *Espexo general de la Gramática* (Ruan, 1636), dice que conoció a *Latino* y a cuatro de sus hijas. *Quijote*, anotado por CLEMENCÍN, I, LX. GALLARDO: *Ensayo*: I, página 871.

Juan, que ya es mancebo, admira a todos por su saber. El Duque le ofrece su protección para que complete sus estudios, y, por de pronto, manda que Carloval le enseñe. Con este motivo se acerca a doña Ana, y con una mezcla de humildad y audacia le muestra su amor. Doña Ana se ríe y no se enoja, y hasta le permite ponerse una banda suya: ¡tan absurda y graciosa le parece la idea de ser amada por un esclavo negro!

Sin embargo, Valor, que era morisco, como se sabe, prurumpe en celosas quejas contra doña Ana y la insulta, siendo acuchillado por el negro.

En la segunda jornada estalla la conjuración de los moriscos, y alzan a Valor por su rey. El Duque de Sessa sigue protegiendo al negro y ha logrado que éste sea ya muy célebre en Granada, con no poca admiración de doña Ana, que desea oírle y hace que su hermano lo traiga a casa por maestro. Era lo que Latino quería. Con profundo cálculo y desplegando sucesivamente sus grandes facultades y artes en hacer versos, tañer, poner música, cantar y, sobre todo, por sus inagotables conocimientos, que sacian el afán de saber de aquella alma infinitamente ansiosa, va poco á poco entrándose en el pecho de la desdeñosa, que, pendiente de sus labios, olvida el color de su maestro.

Llega, por fin, el momento de sancionar el gran talento de Juan Latino en unas debatidas oposiciones a la cátedra que justa y honrosamente se otorga al negro famoso.

Paralelamente á esta acción va el poeta desenvolviendo la del levantamiento de los moriscos.

En la jornada tercera llega don Juan de Austria a Granada para castigarlos. Ya Juan Latino es grave personaje y festejado por el mismo hijo de Carlos V.

Doña Ana no puede estar un instante sin el negro, el cual finge desdén para que se resuelva a casarse con él.

Don Juan de Austria quiere presenciar el doctorado de Juan Latino, que se verifica, leyéndose un largo y gracioso vejamen burlesco del docto negro.

Enterado Carloval de los amores de su hermana, la encierra en un convento; pero ella, con ayuda de Latino, se fuga.

Entonces es don Juan de Austria quien intercede por él, y el Duque, que le da la libertad, le apoya, y, al fin, el doctor Carlozal le concede a su hermana.

Al final se anuncia la derrota de los moriscos por el Marqués de Mondéjar y muerte de Fernando de Valor.

Esta comedia, aunque por su argumento no sea de las más movidas e interesantes, es de las que ENCISO trabajó con mayor esmero en poesía, idioma y rasgos de costumbres originales. El conocimiento exacto y menudo que revela en las prácticas escolares nos demuestra que debió de seguir el autor, si no carrera, estudios no leves de artes y filosofía. Por tal motivo es esta pieza de las más agradables de leer.

VI

Mayor hazaña de Carlos V (La).

La primera edición de esta conocida comedia será la que se halla en un tomo, único conocido, que describe el alemán Adolfo Schaeffer y cree, con grandes visos de acierto, sea una de las partes perdidas de la colección de *Diferentes autores*, que sólo muy incompleta ha llegado á nuestros días. El tomo de Schaeffer carece de principios. Su dueño lo supone impreso hacia 1616, pero es posterior en ocho años ó más. En este tomo se halla la última la comedia intitulada: *La mayor hazaña de Carlos V, de don Diego Ximenez de Enciso*.—*Representóla Figueroa* (1).

Sabemos que este famoso *capocomico* no empezó á ejercer de tal hasta 1625 o 1626.

Después de esta edición será la más antigua la incluida en la *Parte Treinta y tres de Doze comedias famosas de varios autores... Valencia, Claudio Macé, 1642*, la última del tomo (folio 239) y a nombre de "Don Diego Ximenez de Enciso".

También pasó a la colección de *Comedias de los mejores y más insignes ingenios de España*. Lisboa, 1652.

(1) *Ocho comedias desconocidas... Leipzig, Brockhaus, 1887; tomo I, pág. xv.*

Y sueltas conocemos las siguientes impresiones :

Sin lugar ni año (siglo XVII), 4.º, 20 hojas numeradas.

Sevilla : Imprenta Real, sin año, 4.º, 28 páginas.

Madrid : Antonio Sanz, 1743, 4.º (En la Biblioteca Parmense.)

Madrid : Antonio Sanz, 1748, 4.º, 32 páginas.

Valencia : Viuda de José de Orga, 1765, 4.º, 34 páginas.

Barcelona : Francisco Suriá y Burgada, sin año (hacia 1790), 4.º, 16 hojas sin numerar.

La mayor hazaña de Carlos V no es, para el autor, haber renunciado el Imperio y la vasta monarquía española, sino el disponerse a morir como simple mortal y pecador, después de haberse encerrado en el monasterio de Yuste.

Aquel hecho extraordinario, que para hallarle semejante es preciso remontarse a las edades clásicas, se prepara desde el comienzo del drama, describiendo la aparatosa abdicación de Bruselas. El Emperador, ya sin mando alguno, llega a España, y con una constancia y humildad tan admirables como bien esforzadas por el poeta, se allana y se resigna a su nueva vida privada. No alteran su tranquilo ánimo ni las privaciones y dolencias, ni las ofensas y desaires, ni aun las insolencias de la canalla. Sumiso con su propio hijo, que ya empuña el cetro; obediente al abad del convento, que le corrige con altanería; afectuoso y servicial con los inferiores, su único anhelo es cumplir sin falacia sus deberes de cristiano.

Pero un fantasma que se le aparece, en su propia figura, le advierte que todo lo hecho no es bastante; que aún le falta *la mayor hazaña*, que es saber morir, y le anuncia su fin próximo. El Emperador oye primero con espanto el fatal anuncio; mas pronto su resignación humilde se sobrepone y se apercibe a emprender el último viaje, comenzando por celebrar y asistir a sus propios funerales.

Distraen algo sus últimos días la presencia de su hijo don Juan de Austria, cuyas mocedades y travesuras arrancan a sus ojos lágrimas de ternura; pero el fin de su vida llega, y el Emperador cierra dulce y cristianamente sus ojos.

Este supremo instante no se atrevió el poeta a presentarlo

en acción: sin duda le faltó valor. Lo substituyó con una relación que hacen a Felipe II, con lo cual el desenlace de esta obra, como otros de ENCISO, resulta frío.

Pero, como se ve, lo que ante todo se propuso el autor fué pintar la grandeza de alma del Emperador, que, hallándose en el apogeo de su gloria y poder, se desprende de todo y va a sepultarse en vida en uno de los más tristes rincones de su inmenso imperio, para él cosa baladí ante la eternidad futura.

Y esto lo ha conseguido en tal manera, que algunas escenas del drama alcanzan la magnitud y la profundidad filosófica de las culminantes de *Macbeth*. Las jocosas y aun libres del hermano Lucas forman el contraste, que los grandes dramaturgos, como el mismo Shakespeare, suelen oponer á las graves y solemnes que constituyen el núcleo esencial de sus obras.

VII

Los Médicis de Florencia.

La impresión más antigua de este drama parece ser la que con el título de *El Gran Duque de Florencia*, y atribuída a *Don Diego de Anciso*, aparece en el tomo ya citado y de que se conoce el solo ejemplar descrito por Adolfo Schaeffer (1), sin principios, por lo que se ignora la fecha de la estampa, pero anterior á 1630, que es la que lleva la edición que le sigue.

Doze comedias nuevas de Lope de Vega y otros autores. Segunda parte. Barcelona, Gerónimo Margarit, 1630, ya con el título definitivo y el nombre del autor.

Repitióse la impresión en las *Partes VI y XVIII de Escogidas*, en esta última con el título de *El Gran Duque de Florencia*. Y de nuevo en el tomo de *Comedias de los mejores... ingenios de España. Colonia, 1697, 4.º*

(1) *Ocho comedias desconocidas... Leipzig, Brockhaus, 1887*, tomo I, pág. x. "Representóla Cebrián."

Suelta, sin lugar ni año (fines del siglo XVII), 20 hojas en 4.º, foliadas.

Y otra vez en Madrid, Antonio Sanz, 1745, 4.º

Y, últimamente, figura en la *Biblioteca de autores españoles*.

En la Biblioteca Nacional de Madrid hay un manuscrito del siglo XVII, con el título de *El Primero Duque de Florencia*, a nombre de su autor, y en que se dice haberla estrenado Antonio de Prado, que comenzó a ser jefe de compañías en 1622 (1).

Este drama tiene por asunto pintar la negra traición de Lorenzaccio contra su deudo Alejandro, de Médicis, asunto histórico florentino de principios del siglo XVI, muy tratado en dramas y novelas. Alejandro no aparece descrito con la grandeza moral de que Lope quiso adornarlo en su *Quinta de Florencia*, sino más conforme á la verdad histórica. Su hermano Cosme, que es quien recoge el fruto del crimen, está, en cambio, revestido de todas las perfecciones deseables para hacer de él un buen pariente, súbdito leal y amigo entrañable y sufrido. Pero el carácter mejor de la obra, aunque con escasa intervención en ella, es el del viejo republicano Cefio de Pazzi, último vástago de aquella célebre familia de conspiradores, enemiga mortal de los Médicis y de toda tiranía dinástica en la metrópoli florentina. Viejo, pobre é inútil, ve con infinita cólera el auge de Alejandro, el mayor de la odiada familia Médicis, ahora entronizada por Carlos V, que otorga en matrimonio su hija Margarita al referido magnate.

En su amarga soledad unas veces se lamenta de que su hija única Isabel no sea un varón que pueda vengar la patria, exterminando al déspota, y otras, vencido por la desesperación, trata de darse la muerte.

Fuera de esto, la tragedia tiene poco de histórico. El conflicto estriba en que Alejandro, su hermano Cosme y su primo Lorenzo están, a la vez, prendados de la ya dicha hija

(1) "En 1.º de marzo de 1624 era dueño en Valencia de esta comedia el autor de compañías Roque de Figueroa" (MERIMÉE, *Spectacles*, página 170).

de Cefeo. Isabel, que no participa del odio paterno contra los Médicis, tiene dada su voluntad al segundo de ellos, Cosme: situación ésta semejante a la de los amantes de Verona, ilustrados en el texto inglés por Shakespeare y en el nuestro por Lope de Vega y Rojas Zorrilla. Las luchas de los tres galanes por el amor de la dama, sobre todo los enredos y perfidias de Lorencino, que acaba por asesinar traidora y cobardemente a su primo Alejandro, forman la trama de la obra. La escena culminante es la de la muerte de Alejandro, que ENCISO, según costumbre, hace preceder de funestos presagios y alucinaciones de la víctima.

¡Válgame el cielo! ¡Que he oído
un espantoso gemido!
Apenas acierto a andar...
Temblando de espanto estoy...
Allí una mujer me llama.
¿Quién puede ser? Si es mi dama...
Aguárdame, que ya voy...
¿Es aquél Laurencio? Sí...
¡Laurencio! ¿Tanto rigor?...
¡Que me mata este traidor!
¡Hola! ¡gente! ¿Estoy en mí?
¡Extraña melancolía!
¡Loco estoy! Voime a acostar.
¡Cuán juntos suelen andar
el pesar y la alegría!

Y nada más diremos acerca de esta famosa tragedia, por ser tan conocida.

VIII

Santa Margarita.

Casi todas las comedias de ENCISO son muy raras, por no haberse impreso más que una vez, y ésa en colecciones hoy casi inasequibles. La de *Santa Margarita* se halla en la

Parte treinta y tres de Doze comedias famosas de varios avtores. Dedicadas al myv ilvstre señor don Antonio de Cordova y Aragon... 69. Año (Escudo.) 1642. Con licencia. En Valencia. Por Claudio Macé, al Colegio del Señor Patriarca.

Acosta de Iuan Sonzoni, mercader de libros, delante la Diputación.

En 4.º; 4 hoj. prels. y 265 numeradas. Figura la penúltima en el tomo y va a nombre de DON DIEGO XIMÉNEZ DE ENZISO (págs. 222 a 238).

El asunto de esta comedia devota está tomado, con pocas variantes, del *Flos Sanctorum* (1) del padre Pedro de Rivadeneira, que escribió la vida de la santa doncella en el día 20 de julio.

Según este hagiógrafo elegantísimo, nació Margarita en Antioquía, de la Pisidia, a fines del siglo III de nuestra Era. Era hija de un sacerdote pagano, llamado Edesio; quien la hizo criar en una aldea, al lado de una pobre familia cristiana, que fácilmente movió a la niña, que les sirvió como pastora, a recibir la doctrina que profesaban.

Era ya núbil y muy bella cuando, hallándose cierto día con su ganado, pasó cerca Olibrio, gobernador romano de la provincia y general del ejército, y, habiéndosela ponderado de hermosa, la vió y, prendado de ella, quiso llevársela consigo.

La virtuosa resistencia de la joven movió al cruel Gobernador a que, ya declarada cristiana, emplease muchos y refinados tormentos de martirio, resistidos con invencible constancia por la santa virgen, a quien, al fin, hizo cortar la cabeza.

A este suceso acompañó un violento terremoto, que produjo vivo terror en la comarca y la conversión de numerosos infieles, entre ellos el propio autor del martirio de Santa Margarita.

Fué su tránsito el 20 de julio del año 300, aunque otros aseguran ocurrió en 175, imperando en Roma Aureliano. Escribieron de esta heroína Metafrasto, el venerable Beda y el *Menologio griego* (2). El convento de las Descalzas Reales

(1) Tomo II, pág. 374 de la edición del siglo XVIII.

(2) Con posterioridad a la comedia de ENCISO se publicó, por Juan Rodríguez de León: *La Perla. Vida de Santa Margarita, virgen y mártir. Dedicase a Serenísima Infanta de su nombre, religiosa en el Real Con-*

de esta villa dicese posee una reliquia de la Santa. Hacia 1618 se construyó un retablo, en que se pintó su martirio, y quizá de entonces sea la comedia de ENCISO, que se desarrolla así:

Diocleciano promueve guerra a los persas, y un oráculo dice al general que manda la expedición que saldrá vencido y vencedor, contradicción que, como es natural, suspende al guerrero, y parte con esa duda.

En tanto, un caballero llamado Tiberio, que ve a Margarita, se enamora de ella y pretende rendir su voluntad por cuantos medios le sugiere su pasión, y despechado por no lograrlo, trueca su amor en odio. Entonces un ángel anuncia a la doncella que va a comenzar su gran trabajo.

El general, que había regresado vencido, para entretener su pena llega cazando al lugar de Margarita: la ve y se apasiona de su belleza. Tiberio, que acompaña al general, pondera la virtud de la pastorcilla, fundándola en que así ella como sus supuestos padres son cristianos. Manda el general prenderlos, creyendo por este camino triunfar de la zagala, que recibe frecuentes conhortes del cielo por intermedio de su ángel custodio, que, sin embargo, le anuncia su martirio y fin cercano.

Conducida ante el emperador Diocleciano, también éste se rinde a los atractivos físicos de la joven y llega a ofrecerla el imperio en su compañía. Pero Margarita rechaza todo y le predica que se convierta a la fe de Cristo. El Emperador vacila antes de emplear violencia alguna contra la doncella, cuya voluntad es la que desea conquistar. El Demonio viene en su ayuda, y procura tentar a Margarita; pero la Santa le humilla y fuerza a huir. Desatinado el Monarca ante la insistente negativa de la pastora, quiere forzarla, y el Ángel se la oculta a su vista, aunque ella está presente. Entonces Diocleciano, a quien la rabia va encrudeleciendo, ordena el mar-

vento de las Descalzas de Madrid, Madrid, 1629, 4.^o Lleva una silva de Lope de Vega, que principia:

Cual suele virgen rosa
abriendo al sol las cárceles de grana,

y que no hemos visto entre sus obras líricas publicadas por Sancha, en el siglo XVIII, ni en otra parte.

tirio, que al principio ve con dolor el antiguo amante de Margarita. El verdugo desgarrá sus carnes delicadas; un Angel le cura las heridas una y otra vez, y el Emperador, a quien estos prodigios no conmueven, ordena, al fin, que corten la cabeza de aquella invencible mártir. Apenas consumado el crimen, a la vez que la virgen aparece triunfante en el aire, montada sobre un dragón que oprime y domina con su peso, el Emperador siente abrasarse todo en un fuego extraño que le devora, y el edificio se hunde con él solo. Viene luego la segunda aparición, propia de ENCISO, como se ha visto en *Criselio y Cleón* y *La mayor hazaña de Carlos V*; esto es, se presenta el propio Emperador, ya difunto, con una túnica negra y una cadena al cuerpo, "como condenado", y exhorta al general, que en el acto se declara cristiano. Aparece, en fin, el cielo abierto, y en él Margarita sentada en un trono, y acaba la comedia de

la historia que al mundo dió
la Margarita del cielo,

que acaso será su primitivo y verdadero título.

Esta comedia, que, como todas las de su clase, en que el protagonista no es en la primera parte, o sea antes de la conversión, rematadamente malo, resulta fría y de escaso interés, sin que basten a despertarlo ni la tersura del lenguaje ni el primor de la versificación, rica y armoniosa como en pocas comedias de su tiempo, ni el vigor de algunos caracteres, como el de Diocleciano, que en nada se parece al de la historia, ni el autor se cuidó de ello.

Hay un gracioso, que es; a la vez, el bobo, cuyos dos registros cómicos son el temor exagerado a la muerte, ya por ser cristiano o ya por no serlo, y su aborrecimiento al matrimonio, estado que él profesa. Su odio al postrero de los Sacramentos le inspira a cada paso aforismos como los siguientes:

Pero no hay tan fácil cosa
como engañar a un casado.
Un hombre que se ha casado
cualquiera delito hará (1).

(1) Medel que registra esta comedia de ENCISO en su *Catálogo* (página 105), cita otra del canónigo Tárrega que desconocemos.

IX

El valiente sevillano (dos partes).

Hállase esta comedia en el mismo tomo que la anterior de *Santa Margarita*, pero atribuída a un *Don Rodrigo Ximenez de Enziso*, personaje que no creemos haya existido como autor dramático, siendo una simple errata de nombre.

Pertenece la comedia a la época de Carlos V, tan cara a nuestro ENCISO. El valiente sevillano es cierto Pedro Lobón, probablemente sujeto real y humano, que el poeta habrá oído celebrar como soldado fanfarrón y medio pícaro, no obstante lo cual llegó a ocupar elevados puestos.

Por ser pieza tan rara daremos breve idea de su argumento. La acción comienza en el puerto de Génova, adonde llega el Emperador de paso para Bolonia, lugar destinado para su entrevista con el Papa y recibir la corona del Imperio.

Desde el principio entra en escena el protagonista, simple soldado aún, diciendo a cierto amigo:

LOBÓN. ¡Soberbia salva, amigo Floriano!
D. DIEGO. Génova es otra octava maravilla,
a quien la envidia contradice en vano.

Pero Lobón le contesta que al lado de Sevilla

es la soberbia Génova una aldea.

Entre los presentes hay un Embajador florentino que llama loco al Emperador, y Lobón lo arroja al mar sin otra ceremonia. Carlos V, enterado del asunto, hace capitán a su defensor; perdona a Sforzia y oye al rey Muleaces, que llega quejándose de que Barbarroja le haya desposeído de su Estado y reclama y obtiene ayuda al Monarca español. Lobón interviene pidiéndole á Carlos 40 escudos para un traje y ofrece traerle una galera corsaria de Barbarroja, añadiendo:

Venga el dinero y di de cuántos bancos
la quieres.

CARLOS V. Sí, daré.

CARDEN. ¡Brava arrogancia!

¡Español, al fin...!

Pero este español, al acabar la jornada, aparece trayendo a la armada cristiana cinco galeras argelinas que había rendido con ayuda de esclavos y soldados de su patria.

La primera parte de la jornada segunda pasa en Cerdeña, donde Lobón hace cosas de bravo, tales como quitar con la espada los sombreros del embajador florentino, a quien antes había arrojado al mar, y al general Reymundo, también italiano.

Empréndese luego la expedición de la Goleta, en cuyo primer ataque cae prisionero Pedro Lobón y es condenado a ser quemado vivo. Pero en el instante en que los cristianos entran en la plaza Lobón consigue soltarse de sus prisiones y liberta los demás cautivos, que ayudan en la empresa. Por tantos hechos heroicos el Emperador le hace Maestre de campo.

La tercera jornada ocurre después del desastre de Argel (1541), en la plaza de Mantuano, sitiada por Barbarroja y próxima a sucumbir por hambre. La salva Pedro Lobón, quien, con sus gentes, en una sorpresa, quema la armada enemiga y prende al temido corsario. Carlos V acude al socorro de la ciudad y se la entrega, como Gobernador, al que acaba de libertarla, le concede el título de Marqués y le casa con parienta del de Vasto.

En la segunda parte nos presenta el autor a Pedro Lobón como Embajador del César ante el Rey de Francia, a quien en sus réplicas endereza algunas atrevidas verdades, y termina su discurso con una de sus enormes baladronadas andaluzas.

Es figura principal en esta parte la esposa de Lobón, doña Isabel Dávalos, carácter poco menos fuerte y arrebatado que el de su marido. No quiere recibir como presente voluntario un hijo suyo, niño que le cautivó Barbarroja y le devuelve, porque, dice, irá ella a quitárselo. El adolescente muestra el propio coraje y asegura que si cuando le prendieron tuviera espada, no lo hubieran logrado.

Pero llegan malos sucesos para Lobón, que prueban su paciencia y amor al Príncipe. Acúsale de traidor dos falsos amigos, uno por envidia y otro porque le desea la mujer, a la cual, ya prisionera, intenta seducir y forzar. Preso también Lobón, al ir a darle tormento el juez Pizarro, su principal

enemigo, le sucede tan mal que, soltándose el sevillano, obliga a su perseguidor a confesar por escrito que él y su cómplice, Osorio, habían fingido las cartas, base de la acusación del héroe. Pero la guarda del Gobernador de la fortaleza encadena de nuevo al valiente, y el duro juez le condena a muerte.

Ahora es su propia mujer quien le salva. Logra primero la suspensión de la sentencia, y disfrazada de fraile entra con un esclavo en el calabozo, desliga y entrega armas a su marido, y los tres, ayudados por un amigo de fuera, consiguen sacarle de la cárcel.

Pero Lobón aprovecha su fuga para ir a servir al César en la guerra contra los dacios. Ya libre y perdonado por el Emperador, es víctima de nuevas asechanzas de Pizarro, el cual, fingiéndose amigo suyo, introduce en su faltriquera otra carta falsa, que inocentemente saca Lobón y que Pizarro entrega a Carlos V.

Condenado primero, indultado y desterrado luego, aparece Lobón, al final del drama, enfermo y casi tullido del todo. Se presenta ante el Emperador en ocasión en que el "dacés" Martín Baronse viene a desafiar a los soldados imperiales. Tullido y todo sale Lobón al desafío; desjarreta el caballo de su enemigo y le vence. Dirígese luego al César, diciendo que nunca le fué traidor y muestra el pecho lleno de cicatrices logradas en defensa de su bandera. El Rey de Dacia, al hacer las paces con Carlos, le afirma que jamás había intentado matarle por medio de Lobón (que era lo que decía la carta introducida por Pizarro) ni por otro alguno, y que Pizarro es el verdadero falsario. El César manda prenderle; pero ya había, en unión de su cómplice Osorio, sido cautivado por Barbarroja, quien, al otorgar también paces al Emperador, se los presenta y le declara que ellos habían sido quienes, por traición, le entregaron la plaza de Mantuano, que Lobón defendía. Carlos ordena se les dé la muerte, pero el generoso andaluz obtiene que se permute esta pena por la de destierro y se da "Fin de la grandiosa comedia del *Valiente Sevillano*"

Como se ve por el análisis que antecede, este drama pertenece a un género nuevo cuando se escribió, pero que luego

había de tener hartas imitaciones. Quizá sea anterior a él *El valiente Juan de Heredia*, de Lope de Vega, y en tal caso, aun las comedias de guapos, valentones y bandoleros tendrían en Lope su primer modelo. Fuera de la circunstancia de su novedad y de tal cual escena aislada, el drama no tiene otra cosa recomendable. El interés que pudiera despertar la figura de Lobón, siempre valeroso y noble, y hasta la dignidad y grandeza de alma con que soporta su desgracia, queda ahogado en la propia exageración de sus buenas cualidades y se pierde o debilita en el cúmulo de incidentes disgregados y por demasía inverosímiles. No es un hombre fuerte y valeroso sino un desaforado héroe de libros de caballerías. El pueblo español, que tantos házañosos guerreros había visto en la centuria antecedente y vería en la en que ENCISO escribía, debió oír con benevolencia las guapezas y baladronadas de Pedro Lobón, porque en época posterior oyó del mismo modo otras más disparatadas aún; pero eso no impide que nosotros juzguemos hoy fuera del campo de lo bello tales monstruosidades dramáticas.

(*Concluirá.*)

EMILIO COTARELO.